

## Textos para el vídeo “homenaje a la Madre Divina”

“Salve puerta del Cielo siempre abierta”

“Velad y Orad”, nos enseñó Jesús el Cristo.

“ ‘Velad y Orad’ fue la herencia que Cristo dejó a los audaces.

Velar es hacerlo todo despierto; orar es sentir un ardiente deseo de SER.

Mas, quien ore y quien vele, aun cuando lo haga de un modo imperfecto, recibirá generosa ayuda

y habrá de aprender a recibirla también generosamente...

La ayuda está Aquí, y es Ahora.”

"No podréis velar sin orar, y no podréis orar sin velar". El hombre de Kariot

Velar es vivir en íntima noticia amorosa de lo divino, como nos enseñó San Juan de la Cruz, llevando la atención a lo interior y lo exterior, sintiendo que ambos son una misma cosa. De la noticia amorosa de lo divino proviene una Luz que ilumina las estancias interiores de nuestro Castillo Interior. Podemos así entrar en nuestro Castillo Interior, practicando el autoconocimiento. Y así, “velando en la íntima noticia amorosa de Dios, y orando para mantener su Luz asida a nosotros” vamos recorriendo las moradas del Castillo Interior, cada vez en niveles más y más profundos.

La primera morada de este Castillo es la del autoconocimiento, según nos enseña Santa Teresa. No auto-conocemos, cuando auto-

observamos como actuamos en los centros de actividad de nuestro cuerpo: pensamientos, sentimientos, acciones y voliciones.

Y como nos enseña Santa Teresa, en estas primeras moradas, aún se cuelan sabandijas y cosas malas; pero como hemos de ser humildes en este ejercicio del autoconocimiento, no hemos de intentar huir de estas primeras moradas y, reconociendo nuestros errores, “nuestras sabandijas”, alumbrarlas con la Luz de la Oración, para ver nuestra miseria y compararla con la Grandeza de Dios, para tomar conciencia de nuestros errores y poder corregirlos. Para quitar las malas plantas de la huerta y plantar las buenas.

Nuevamente, para poner esto en práctica, hay que Velar y Orar. Si no velamos no encendemos la Luz. Si no oramos, la Luz no se mantiene encendida.

Por cada error que descubramos en estas primeras moradas, bien sea en forma de pensamiento, sentimiento, volición o acción, acordémonos de nuestra Madre Divina y elevemos nuestra oración diciendo: **“Madre Mía, sácame este defecto y desintégramelo”**

Cada defecto descubierto, comprendido y eliminado; es una puerta abierta para acceder a moradas más y más interiores, hasta llegar a la más interior de todas que es donde mora nuestro Amante Celestial, la fuente del mismo candil que nos acompaña desde el comienzo de las primeras moradas.

Por eso, “Nuestra Señora, es la puerta de Cielo siempre abierta”, el ama de llaves de nuestro Castillo, la que nos acompaña en la oración, para que la Luz se mantenga encendida, y la que nos va abriendo las puertas, cada vez que vencemos la tentación de no caer en un error y le eliminamos.

En este estado de continua vigilia y oración, se elevan nuestros pies, y flotando viajamos y viajamos a las profundidades de nuestro Castillo

Interior, de acuerdo a los méritos de nuestro Corazón. El silencio interior ayuda a mantener encendida la Luz. Porque en ese silencio, todo “ruido” de error es automáticamente descubierto, y con la ayuda de nuestra Madre Divina: **“Madre Mía, sácame este defecto y desintégrame!”**, vencemos la tentación, mejoramos nuestra alma, y el camino se abre.

Eliminar nuestros errores es morir a una vida vieja, equivocada, errónea, para poder así nacer a una vida nueva; donde la Luz del Cristo interior y de la Madre Divina nos renuevan constantemente. Es ésta la “muerte en vida para la vida” de la que nos hablaba Santa Teresa.

Salve Puerta del Cielo siempre abierta, que nos acompañas desde el principio hasta el final en este camino. Sin Ti no podríamos recorrer la aventura del alma. Llévanos y guíanos a los desposorios con tu Hijo.

“Madre del Redentor, Virgen fecunda,  
puerta del cielo siempre abierta,  
estrella del mar,

ven a librar al pueblo que tropieza  
y se quiere levantar.”